

Dentro del espacio que este portal de Reservistas Voluntarios de Jaén dedica a ofrecer semblanzas de los españoles que en su día fueron ejemplo de virtudes militares, hoy venimos a evocar la figura de un paisano nuestro, natural de Baeza, en cuya catedral se halla enterrado. Se trata de **D. Cristóbal Lechuga y García (1556 – 1622)**, que fue soldado y luego alférez (1574), capitán de tercios (c.1580), Sargento Mayor de la infantería española (1585-90), Teniente de Maestre de Artillería (1595-98), Director de la Escuela de Artillería de Milán (1604-8), Teniente General de la Artillería del Ducado de Milán (1608-9), Teniente de Maestre de Campo General (1614), Maestre de Campo de Infantería Española y gobernador de la Mámora (1614-1622).

También destacó como gran ingeniero militar y tratadista aventajado en las técnicas de la artillería de su tiempo, así como de todo lo relacionado con esta arma en los años que abarcan desde la segunda mitad del siglo XVI hasta principios del siglo XVII. A él se deben dos tratados, el segundo de ellos revolucionario para su tiempo, que sirvió de base tanto a la teórica del empleo de la artillería en combate como a las técnicas de fabricación de cañones y munición, la unificación de calibres, la fortificación y otras cuestiones relacionadas.



Aún con todo lo anteriormente expuesto, tal y como suele ocurrir en nuestra Patria, la inmensa mayoría de los hechos que fueron determinantes para el devenir de España como nación y las personas que contribuyeron a que éstos se consiguieran, no han perdurado en el recuerdo colectivo de los españoles.

Éste es el caso de Cristóbal Lechuga, del que las crónicas cuentan que al llegar a edad moza, con 17 años, se enroló en los tercios de infantería española que andaban guerreando por los campos de batalla de media Europa. Rápidamente, irá ascendiendo desde soldado hasta alférez por méritos de guerra, siendo designado como capitán alrededor del año 1580; y ello tras haber demostrado más que sobradamente y en innumerables ocasiones su temerario valor ante el enemigo y el agudo ingenio que mostraba en el planteamiento de cada batalla.

De tal manera, es sabido que el primer tercio en el que sirve es el que manda el afamado Maestre de Campo D. Sancho Dávila, en donde llegará a ser alférez. De esta época tenemos noticias de su importante intervención en la toma de la ciudad holandesa de Maastricht en 1579. Durante los siguientes años, ya alcanzado el grado de capitán, actúa en diversas batallas en las cuales demuestra su genio militar y la astucia en el desarrollo de las mismas, por lo que en 1585, de nuevo en España, es nombrado Sargento Mayor del Tercio del Maestre de Campo, D. Francisco de Bobadilla. Contaba tan sólo 28 años.

Con el Maestre Bobadilla marcha a Italia y desde aquí viajará con los tercios hasta los Países Bajos, atravesando el famoso “Camino Español” con intención de hacer frente a la insurrección de los protestantes holandeses.

Una vez en los Países Bajos quedará acantonado en uno de los emplazamientos militares cercanos al río Mosa, concretamente el de la isla de Bommel. Esta posición permanecerá asediada por los holandeses hasta finales del año 1585; concretamente hasta el día 7 de diciembre, víspera de la Inmaculada.

Ese día la situación de los soldados españoles era extremadamente peligrosa, pues se encontraban rodeados no sólo de enemigos, sino también de agua, ya que los holandeses habían decidido inundar las tierras en la que los españoles resistían abriendo las compuertas de los canales. Tan sólo quedó un último reducto de tierra seca, el montículo de Empel, donde los soldados se afanaron en atrincherarse esperando el ataque final del enemigo.

En medio de las labores defensivas, cuando se cavaba para apostar una empalizada, los soldados encontraron enterrada una tabla en la que se representaba la figura de la Virgen María. Éste hallazgo fue ampliamente celebrado puesto que se entendía como señal de protección divina hacia las tropas españolas.



En la tarde – noche del día 7 de diciembre se celebraron diferentes misas, teniendo a la Virgen como centro de un improvisado altar; además no se llegaba a entender como la imagen podía encontrarse tan limpia y sin mancha alguna de barro. En una palabra, inmaculada.

En la madrugada del día 7 para el 8 de diciembre de 1585, el tiempo cambió drásticamente; un frío gélido cubrió la zona, tanto, que hasta las aguas que rodeaban a los sitiados se congelaron. Es aquí donde volvemos a saber del intrépido Cristóbal Lechuga, ahora Sargento Mayor del Tercio del Maestre Bobadilla. Se le encarga, o se presta voluntario, para hacer una descubierta nocturna hasta una isla cercana ocupada por el enemigo en un intento de capturar munición, víveres y ropas secas, y de paso, incendiar algunas de las barcazas de poco calado que les servían a los holandeses de cañoneras.

Lechuga, al mando de un grupo de soldados protegidos de armas blancas pero pertrechados con granadas, para lo cual llevaban pegadas a la espalda las mechas encendidas con tal de no ser vistos en la oscuridad, avanzó unas veces caminando y otras arrastrándose con sus hombres sobre las aguas curiosamente heladas, hasta que un

poco antes de caer sobre el enemigo, la sorpresa se desvaneció. A un soldado del grupo se le prendió una de las cargas de pólvora que llevaba y acabó estallando. Los holandeses quedaron alertados, pero aún así fueron desalojados de la isla, recuperando los españoles armamento, munición, alimentos y ropas secas, sin olvidarse de incendiar una decena de barcazas que quedaron a su alcance.

De vuelta a Empel, Cristóbal Lechuga informó al Maestre de Campo Bobadilla sobre la dureza y consistencia del hielo, por lo que éste tomó la decisión de atacar sobre la superficie helada. El resultado es conocido, pues se cerró como una grandísima derrota de los sorprendidos holandeses ya que lo que menos podían imaginar es que los desesperados españoles, en vez de esperar a ser atacados, se decidieran a ser ellos quienes emprendieran el ataque.

Esta victoria se quiso relacionar con el hallazgo del cuadro de la Virgen, en lo que se ha dado en llamar el “milagro de Empel”, por lo que desde ese día, paulatinamente y por aclamación de los miembros del resto de tercios, se decidió que la Infantería Española quedase bajo la protección del La Inmaculada.

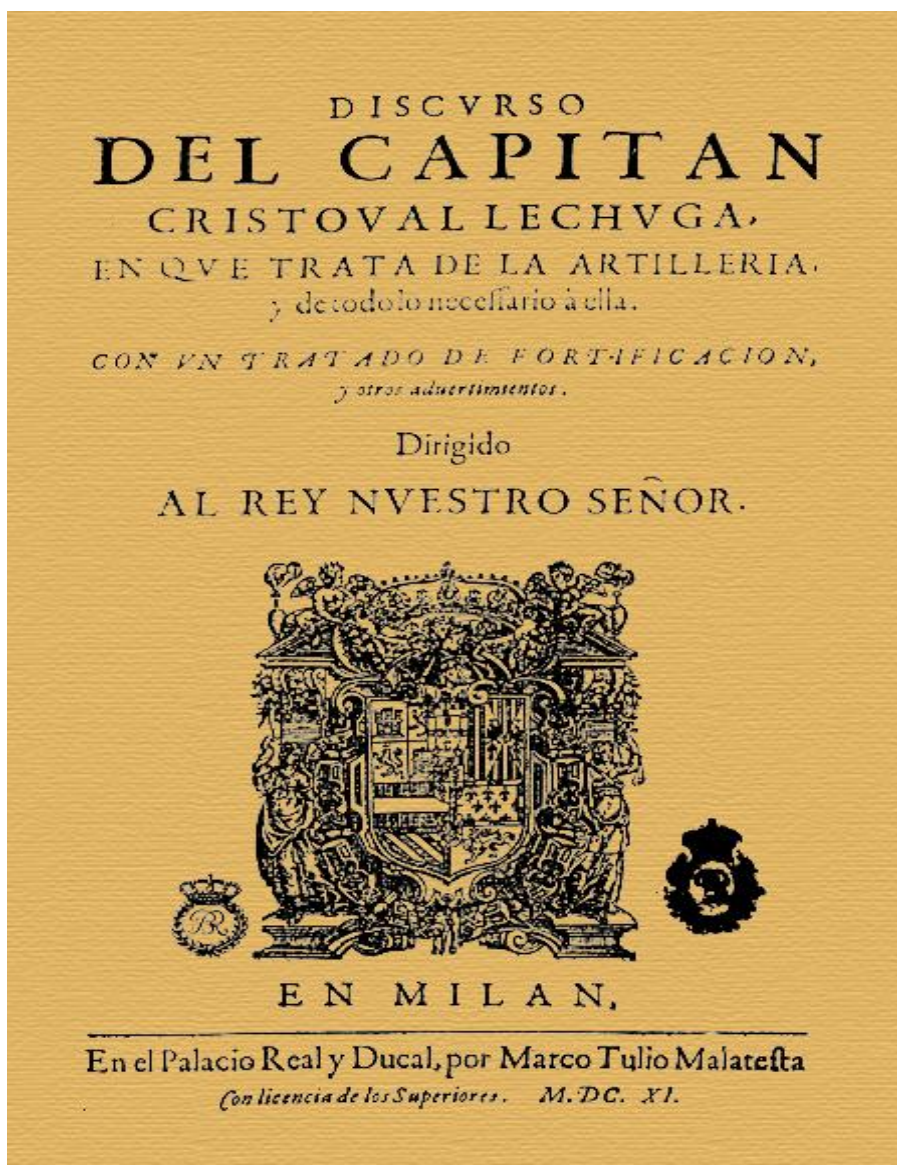
Por el contrario la suerte fue adversa para Cristóbal Lechuga, que no vio reconocido su heroico comportamiento en esa jornada, ya que Alejandro Farnesio, gobernador y generalísimo de los ejércitos españoles en los Países Bajos, no quiso recompensarle con el nombramiento de Maestre de Campo, otorgándolo a otro militar de su confianza. Esto provocó que Lechuga lo tomase como una ofensa personal y se cuenta que urdió una conjura para quitarse de en medio al nuevo Maestre. Según parece, incitó a un hermano suyo (del que nada se sabe) y a otro soldado para que volasen la tienda de campaña del Maestre con él dentro. La conjura fue descubierta y Lechuga acusado, pero finalmente fue absuelto por falta de pruebas; aunque ello le acarreó quedar alejado del servicio, en lo que hoy podríamos entender como a disposición del mando, pendiente de destino.

Durante el tiempo en que estuvo pendiente de rehabilitación, se dedicó a escribir un tratado militar denominado: “*Discurso que trata del cargo de Maestre de Campo General y de todo lo que de derecho la toca en el Exército, sobre las atribuciones y cometidos del general en jefe*”.



Parece ser que elevó un alegato en forma de memorial ante Felipe II, recordando todos los años de servicios y sus méritos, aunque el rey puso en manos del nuevo gobernador de los Países Bajos, el Archiduque Ernesto de Austria, la decisión de restituir a Cristóbal Lechuga en el servicio. Éste tuvo a bien concederle el cargo de Teniente del Capitán General de la artillería en Flandes.

Al cabo del tiempo de vuelta en Italia, con los conocimientos adquiridos sobre el empleo de la artillería, se le reconoce ya como un experto en la materia y es en este momento cuando por fin se ve publicado su primer tratado (1603). En 1604 comienza a dirigir la Escuela de Artillería de Milán y posteriormente es nombrado Teniente General de la Artillería del Ducado. Pero nuevamente cae en desgracia siendo acusado esta vez de malversación de caudales, siendo apartado de todos sus cargos y detenido. En ese momento (1611), con todo el tiempo del mundo por delante, escribe su tratado más famoso e imprescindible para cualquiera que esté interesado en la artillería: *Discurso que trata de la artillería y de todo lo necesario a ella, con un tratado de fortificación y otros advertimientos.*

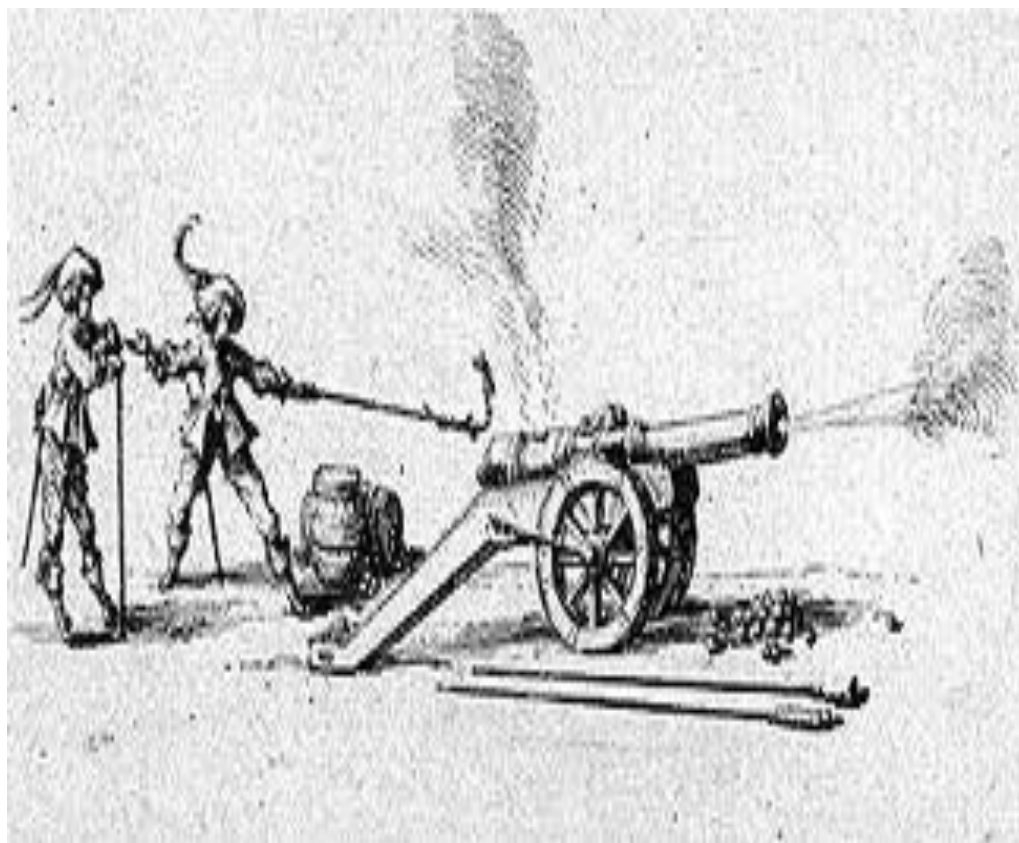


Los ejércitos de esa época encuentran que la artillería adolece de verdadera efectividad, consecuencia del enorme número de tipos y variedad de cañones empleados en las batallas (cañones diversos, culebrinas, falconetes,...), así como de los diferentes calibres y tipos de munición usada, que en muchos casos, aún siendo parecida o casi igual, no es útil más que para servir en una única pieza sin posibilidad de ser intercambiada a otras piezas artilleras en el momento de la acción.

Lechuga es consciente que sobre el campo de batalla los cañones se desempeñaban de forma totalmente deficiente, debido principalmente a esta disparidad de modelos y municiones. Hemos de tener en cuenta que lo mismo se utilizaban contra fortificaciones que contra tropa; de igual manera que tanto se disparaban bolardos de piedra que bombas explosivas, y que cada cañón variaba en alcance como en retroceso del arma, lo que equivalía a tener que recalcular y recolocar a cada disparo. Todo ello hacía que la cadencia de tiro fuese excesivamente baja, por lo que no es de extrañar que en una batalla, al cabo de una hora, sólo se pudieran disparar diez o quince cañonazos y eso dependiendo mucho de la habilidad de los soldados que servían el cañón.

Para acabar con toda esta confusión, Cristóbal Lechuga propone en su tratado que a partir de ese momento sólo sean fundidos ciertos tipos de cañones, a saber: cañones de batería, medios cañones, cuartos de cañón y cañones de campaña. Así mismo, a cada modelo se le asignaba un tipo específico de calibre y a la munición, un peso y forma determinada.

Así se reglamentaron la construcción de piezas de artillería en base al peso de la bala que disparaban: cañón de batería de 40 libras, el medio cañón de 23 libras, cuarto cañón de 10 libras y el cañón de campaña de 5 libras.



Pero el tratado no sólo comprendía los problemas técnicos de la artillería, sino también los tácticos, como el transporte de las armas y las municiones, su emplazamiento en campaña o el mantenimiento de las mismas.

Los cañones tenían un peso considerable al ser realizados en bronce o hierro, pues no sólo era la pieza en sí, sino que también estaba la estructura que lo soportaba (cureña), realizada generalmente en madera maciza con ruedas de diverso tamaño. Además la munición también era pesada y necesitaba de varios mulos para acarrearla, al igual que los cañones. Todo ello sería más o menos factible en su transporte si el terreno estuviera seco, pero con barro todo era muchísimo más complicado y, sobre todo, caro.



Así mismo, con la experiencia adquirida en el campo de batalla, fue el inventor de las baterías enterradas, de una cabria de tres pies para el montaje y desmontaje de las piezas y reformó las cureñas de plaza. Dio preferencia a los fosos secos en las fortificaciones con objeto de ponérselo más difícil a los sitiadores.

Además, también demostró que la supuesta fuerza que adquiriría la bala algún tiempo después de salir de la pieza era una falsa creencia, por lo que convenía acercar todo lo posible los cañones a las murallas.

Como curiosidad mencionar que fue el primero en adoptar un método expeditivo para que el transporte de los cañones no fuese tan lento ante una urgencia: se ataba la boca de la pieza con cuerdas a varios mulos, arrastrándola lo más suavemente posible por el suelo en su parte trasera, la más gruesa y maciza. De esta manera se pretendía dar mayor movilidad a la artillería aún a costa de los posibles desperfectos que pudiera sufrir el arma.

En el terreno personal, poco tiempo antes de dedicar este tratado al rey se halla nuevamente en libertad, libre de cargos. En 1613 es trasladado desde Milán a España, concretamente a Cádiz, donde se integra en la Armada Real. En el Tercio de la Mar Océana emprende la conquista de la Mámora, en la costa marroquí cercana al actual Rabat, en aquel tiempo nido de piratas y de corsarios ingleses y holandeses.

En esta expedición, que contaba con 20 galeras, 50 naves auxiliares y 9.500 hombres, Cristóbal Lechuga es nombrado lugarteniente del Maestre de Campo General, D. Luis Fajardo Fernández de Córdoba. Tras el desembarco de las tropas, los moros huyen abandonando la fortaleza y el puerto, no sin antes incendiar 15 naves propias para evitar que caigan en manos de los españoles. Lechuga al mando de sus hombres consigue salvar 10 barcos enemigos y hacer gran número de prisioneros.

Una vez consolidada la conquista, estando comprometido con la construcción de una nueva fortaleza más robusta, es nombrado Maestre de Campo y gobernador por Felipe III (29 de agosto de 1614), habida cuenta de su decisiva intervención en la toma de la Mámora.

Pero la relativa tranquilidad duró más bien poco; pronto volverán las tropas moras de los reyes de Fez y de Marrakech a atacar la fortaleza que se había construido, corría el año en 1619. Los españoles, al mando de Lechuga, resistirán pasando grandes penalidades por la falta de víveres, munición y enfermedades, aunque la suerte juega a su favor puesto que la repentina muerte del rey de Marrakech y las disputas dinásticas musulmanas hicieron levantar el asedio.

Asegurada nuevamente la plaza, debió solicitar licencia para desplazarse a España, hasta su Baeza natal. Su estancia será corta pues debe regresar a la Mámora, aunque en esta ciudad dispone la construcción de una capilla para su enterramiento, lo que da a entender que ya era merecedor de cierto reconocimiento y que poseía bienes suficientes para ello, así como para crear un mayorazgo ligado a su apellido.

No se sabe cuando regresó a tierras africanas, pero lo que sí es seguro que ya no volvió vivo. Según parece, en 1621, nuevamente los musulmanes vuelven a atacar la posición en coalición con una armada holandesa. La fortaleza resistió valerosamente, al tiempo que era apoyada por una escuadra española al mando de Alonso de Contreras, quien consiguió levantar el cerco y batir al enemigo (1622), siendo el relato de éste el último en dar noticias de Cristóbal Lechuga, quien parece ser pudo morir por enfermedad o por las heridas producidas en el asedio.

Sea como fuere, su cuerpo fue trasladado más tarde hasta la capilla-enterramiento que había mandado erigir en la iglesia de Santa María de Baeza; si bien, convulsiones históricas mucho más posteriores, ya en el siglo XIX, hicieron que sus restos fuesen trasladados a una capilla de la catedral de Baeza, donde en la actualidad reposan.

Hasta aquí hemos tratado de realizar una breve semblanza de la figura de un gran y valeroso soldado originario de tierras giennenses, muy celebrado como brillante artillero e ingeniero, y de su larga y algo tumultuosa carrera tanto en la milicia como en su devenir vital. Sirva ésta reseña para reivindicar su figura y la de todos aquéllos que dieron lo mejor de sus vidas por España en todas las épocas.

